

ESTRATEGIA DIRECTA

Y

ESTRATEGIA INDIRECTA

Por
Roberto GUIDI



Hay dos modos de concebir una estrategia indirecta.

El primero es considerar esta estrategia como haciendo abstracción de la posibilidad de empleo de la fuerza militar. Como tal, se opone a la estrategia directa, que tiende al condicionamiento de la fuerza adversaria, o sea en términos convencionales, a la victoria. Así concebida, la estrategia indirecta no se diferencia substancialmente de lo que tradicionalmente era definido como "política" en comparación a lo que era considerado "guerra". En este caso se trataría de una indicación puramente semántica que tiene además la ventaja de poner más en relieve la identidad substancial del pensamiento que debe presidir al fenómeno político y militar, identidad que en cierto sentido ha sido puesta en evidencia en forma muy particular por la doctrina y el lenguaje comunista como resultado del amplio uso de nomenclaturas militares por parte de los teóricos marxistas en relación con fenómenos de naturaleza típicamente política.

En este sentido, estrategia directa y estrategia indirecta son dos aspectos de una estrategia total, o según la expresión de Liddell Hart, de una gran estrategia (ciertos escritores americanos usan también la expresión estrategia nacional), entendida como la conducta general del Estado, decidida por la autoridad suprema y dirigida a la determinación de los fines que hay que alcanzar y las medidas que hay que tomar en todos los sectores, incluido el de la seguridad.

Hay todavía una concepción más limitada, pero tal vez más importante, de la estrategia indirecta (en oposición con la estrategia directa); y es la que el General Beaufre, en su reciente libro "Introducción a la Estrategia", define como una modalidad estratégica.

Las palabras del General Beaufre son las siguientes:

“La estrategia indirecta es la estrategia sobre la cual se basan todas las formas de conflicto en los cuales se busca la solución no directamente, por medio de un encuentro entre las fuerzas militares, sino a través de métodos menos directos. Estos pueden ser de naturaleza política o económica (por ejemplo, guerra revolucionaria) o bien se puede usar la fuerza militar realizando series de ataques alternados con negociaciones políticas (por ejemplo, la estrategia de Hitler desde 1936 a 1939). Esta estrategia está adquiriendo actualidad ahora que la posibilidad de una guerra total, como podría concebirse por la estrategia directa, parece conducir a un inaceptable grado de destrucción recíproca. Esta teoría es compleja y artificiosa al mismo tiempo y todavía ha sido poco estudiada. Se emplea continuamente en la guerra fría y probablemente es la única estrategia factible ahora que la estrategia directa ha sido paralizada por la amenaza del arma nuclear”.

Como el mismo Beaufre advierte, se trata de un campo poco explorado hasta ahora desde el punto de vista doctrinal.

Puede ser interesante examinar las razones de su importancia en nuestro tiempo; el carácter y los límites de empleo de la fuerza que aunque indirectamente, está prevista en ella; los resultados que esta estrategia puede proponerse; el cuadro político (países que pertenecen a alianzas, tercer mundo, países subdesarrollados, etc.) en los cuales puede fácilmente aplicarse.

Sólo querría hacer una breve observación, que tiene relación con la definición sugerida por Beaufre. Al examinar en el mismo volumen cinco diversos modelos de estrategia, recurre nuevamente al concepto de presión directa e indirecta, pero de una manera que no corresponde perfectamente a la definición que he dado más arriba.

Reproduzco cuanto él dice sobre la amenaza directa y presión indirecta en sus dos primeros párrafos dedicados a estos modelos estratégicos hipotéticos:

1.—“Si el objetivo es solamente de importancia modesta y si los recursos disponibles son notables (o bien si la acción que se examina puede llevar eventualmente al empleo de potentes medios aliados), la sola amenaza del empleo de estos recursos puede llevar al adversario a aceptar las condiciones que se desea imponerle; sería más fácil obligarlo a abandonar cualquier esfuerzo directo para modificar el status quo existente. Este modelo estratégico, la amenaza directa, está muy en boga en estos momentos como efecto del advenimiento del arma nuclear, y viene a ser la base de la imponente estructura de la estrategia de disuasión”.

2.—“Si el objetivo sigue siendo exclusivamente de importancia modesta y si los recursos disponibles son inadecuados para ejercer una amenaza decisiva, la tentativa de alcanzar el objetivo deseado debe hacerse a través de métodos más insidiosos; estos pueden ser políticos, diplomáticos o económicos. Este modelo estratégico, la presión indirecta, ha sido aplicado frecuentemente tanto por Hitler como por la Unión Soviética, no tanto porque hubieran estado privados de los recursos coersitivos ne-

cesarios, sino principalmente por el efecto disuasivo de la amenaza directa de la fuerza del adversario. Este modelo estratégico es el más idóneo en los casos de libertad de acción limitada".

Es evidente que estas dos hipótesis coinciden con las definiciones de estrategia indirecta dadas por Beaufre. Pero es la segunda (estrategia indirecta con presión indirecta) la que presenta mucho mayor interés actual, sea por los elementos nuevos que presenta o por los desarrollos que pueden estar relacionados con ella.

II

Se ha dicho —y el propio Beaufre lo ha indicado— que el nuevo valor que debe atribuirse a la estrategia indirecta se debe en gran parte a la existencia de las armas nucleares.

Estas habrían creado una situación en la cual una verdadera guerra sería imposible y por lo tanto sólo se podría recurrir a las formas de estrategia que excluyen la guerra misma. Tal concepción, en primer lugar es históricamente inexacta. De hecho, así en el período clásico, como también en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, habíamos asistido a acciones que podían definirse como estrategia indirecta (y por lo demás el General Beaufre, a fines de 1939, dedicaba un estudio con el título "La paz-guerra y la estrategia de Hitler" a la aplicación de tales principios en la estrategia del Reich alemán. En segundo lugar no es totalmente exacto que la presencia de las armas nucleares haya excluido la posibilidad de una guerra sea en el sentido clásico o en el sentido nuclear. Puede ocurrir que en una fase de la estrategia nuclear, según ciertas teorías estratégicas (en particular según la así llamada respuesta flexible) ya no se pueda esperar, como objetivo a alcanzar, el desarme del adversario. Pero esto no excluye que se pueda pensar, incluso en una era nuclear, en operaciones de carácter propia y exclusivamente militar.

Se verá por el contrario que en la época clásica, era difícil que un estado estuviese en condiciones de hacer alarde de tanta superioridad de fuerzas con respecto a su adversario, como para hacerlo creer a priori, en la total destrucción de su fuerza militar. La misma lentitud de las acciones bélicas permitía al adversario efectuar numerosos movimientos y recurrir a diversos sistemas de defensa que podían hacer más difícil prever sus reacciones.

La introducción de las armas nucleares ha cambiado esta situación en dos sentidos: en primer lugar, permite a un país nuclear ejercer una presión mucho mayor que en el pasado sobre los estados no nucleares (el caso de las relaciones entre países nucleares es más complejo y debe ser considerado aparte); en segundo lugar, ha hecho que la amenaza sea instantánea, disminuyendo la posibilidad de reacción en el tiempo. En tales condiciones, los estados nucleares fácilmente pueden recurrir a acciones de estrategia indirecta en las confrontaciones de los estados no nucleares, con dos límites, sin embargo, que se han revelado importantes:

a) que el estado no nuclear no goce de una garantía en este aspecto por parte de un tercer estado (en otros términos que no forme parte de un bloque nuclear);

b) que el estado no nuclear no pueda ser inducido, por la presión ejercida en sus confrontaciones, a pedir la protección del bloque nuclear adversario.

En lo que respecta a las relaciones entre estados nucleares, una tentativa de salir de una aparente condición de estancamiento operativo puede constarse en la técnica del chantaje atómico, que ha sido practicada varias veces por Rusia (en particular en relación con el problema de Berlín); técnica que por lo demás repite y perfecciona en parte, aunque con notables diferencias, los métodos experimentados, como he dicho, incluso en los años inmediatamente precedentes a la Segunda Guerra Mundial.

Respecto a las dos hipótesis formuladas más arriba (presión de un estado nuclear sobre un estado no nuclear o presión de un estado nuclear sobre otro estado igualmente nuclear), se puede añadir que aunque parece difícil definir la estrategia indirecta como el tipo de estrategia que es tal vez la más característica de la era nuclear, es evidente que en ambos casos, los países no nucleares estarían prácticamente excluidos de cualquier posibilidad de acción, no disponiendo de una capacidad de amenaza proporcional a los riesgos que tendría que asumir en todas las hipótesis de conflicto.

Si se quisiera expresar este caso teórico en base a la teoría de los días según los sistemas de los juegos de guerra a que se ha dedicado la Rand Corporation y que recientemente han sido expuestos en un brillante volumen del Sr. Dresher, es evidente que, en el segundo caso, el estado no nuclear que quisiera "jugar" no dispondría más que de una infinitesimal oportunidad positiva, ya sea en lo que concierne a su posición inicial, correspondiente al estallido de la crisis, o después, a la rapidez con la cual puede ejercerse una amenaza nuclear, incluso en el curso de su desarrollo posterior.

Para poder mantener una posibilidad de acción aún en las condiciones que hemos indicado (hasta el punto que sea previsible que un país no nuclear pueda recurrir a la protección nuclear de un tercer país), es preciso que el país no nuclear en cuestión dirija su acción a un estado igualmente no nuclear y se imponga objetivos estrechamente limitados, los cuales no implican la posibilidad de que estalle un conflicto general.

Aunque la definición más común no sea positiva desde el punto de vista teórico, me parece que la estrategia indirecta puede ser considerada como la que estudia la posibilidad, especialmente para los estados no nucleares, de aplicar una amenaza militar en condiciones en las cuales no sea verosímil el estallido de una guerra general; y por lo tanto para el cumplimiento de fines limitados en el espacio, el tiempo o el nivel de los resultados a obtenerse. Esto implica a su vez, que el tipo de amenaza prevista permita concentrarla en el espacio, el tiempo o su nivel a fin de manifestarse en una estructura bien definida. No es necesario que la amenaza sea exclusivamente militar (por ejemplo, la clausura del Golfo de Akaba no tenía formalmente este carácter). Sin embargo, y esto es un elemento esencial en la estrategia indirecta, la presencia de una fuerza militar es necesaria co-

mo elemento apropiado para dramatizar una situación; o como factor de aceleración o de control del desarrollo de una situación. Naturalmente, la posibilidad de que si se llega a un conflicto, este pueda ser limitado en el espacio, el tiempo o el nivel, conforme a los tipos de amenaza que se encuentran en su origen, es característica de esta hipótesis.

III

Lo anterior tiene una gran importancia teórica en relación con uno de los casos más típicos a los cuales puede referirse la estrategia indirecta, o sea la de las crisis locales.

Hay que destacar que en los últimos tiempos, en particular entre los países del tercer mundo, se había consolidado la convicción de la imposibilidad de los conflictos locales, y la correspondiente certeza del interés de las grandes potencias en evitar que se produjeran. Esta convicción, que se basaba en la hipótesis según la cual no se habría podido evitar que los conflictos locales llevaran a un conflicto general en la actual fase de la era nuclear, es sostenida por ciertos teóricos comunistas y en particular por algunos autores yugoslavos. Según ellos, la guerra en Vietnam debería considerarse como el último ejemplo de un conflicto de este tipo, y no puede considerarse como una excepción si por un lado se tiene presente que los Estados Unidos están directamente empeñados allí y por el otro que el riesgo de ampliación del conflicto es evidente y actual.

El reciente conflicto en el Medio Oriente ha modificado totalmente estas opiniones y ha creado, muy probablemente en forma injustificada, cierta alarma en los países del tercer mundo, que se consideraban inmunes a tales tipos de guerra (aunque se admitía la posibilidad de conflictos limitados en la fuerza —por ejemplo, la guerrilla— o en el tiempo —por ejemplo las intervenciones externas y los golpes de mano).

Aparte de estas consideraciones teóricas, el reciente conflicto en el Medio Oriente constituye un caso muy interesante de aplicación de estrategia indirecta y también de los errores que pueden estar relacionados con ella y de los riesgos que de esta pueden derivarse. Parece evidente hoy que la parte árabe no buscaba del todo desencadenar un conflicto, sino que trataba de ejercer una presión compleja, en parte también militar, sobre Israel para obligarlo a aceptar una renuncia gradual a los derechos ejercidos hasta ahora en el Golfo de Akaba. Después, a fin de que la maniobra fuera todo un éxito, repetirla probablemente en otros sectores. Se contaba para ese fin no tanto en la superioridad militar como en la imposibilidad en que Israel se habría encontrado de reaccionar, por razones de carácter internacional y de índole psicológica. El error de los países árabes consistió sobre todo en creer que una reacción israelita habría requerido un tiempo suficientemente largo como para que pudiera ser bloqueada.

La reacción israelita se materializó por su breve duración (Michael Howard, en su reciente comentario sobre los aspectos de la crisis, ha mencionado el hecho de que los israelitas habrían tenido necesidad de otro día más de operaciones fuera de los 6 días de que dispusieron efectivamente).

También la crisis de Chipre ha presentado características de vivo interés, particularmente por el uso de una amenaza militar hecha de parte de Ankara (esta vez sin que se llegara a un conflicto). El ejemplo es más singular aún porque se ha tratado del empleo de la fuerza militar en el seno de una alianza, aunque refiriéndose a una zona extraña a ella.

Por supuesto, las consideraciones hechas más arriba se refieren exclusivamente a los aspectos técnicos de las dos crisis en referencia; sin tener la menor intención de tocar los aspectos políticos y morales relacionados con las acciones a que dieron origen.

IV

La forma de estrategia indirecta que ha sido más atentamente estudiada en estos últimos tiempos es aquella constituida por la amenaza de guerrillas.

A propósito, es preciso establecer que puede ser considerada una forma de estrategia indirecta solamente en el caso que la guerrilla se limite, tanto en sus dimensiones como en su expresión, a los tipos de presiones políticas (en tal caso se trataría de tipos de presión análogas —aun cuando de grado mayor— a las que se pueden obtener con huelgas o con manifestaciones de masas, pero con claros indicios de posibles desarrollos de carácter militar).

En realidad, superado cierto nivel, que presenta caracteres casi simbólicos y que sirve principalmente para el mantenimiento de una situación de incertidumbre o inseguridad en el interior de un país, la guerrilla se convierte en un fenómeno militar. También en sus confrontaciones es posible que se produzca una verdadera ascensión hacia un conflicto de carácter clásico, como parece que está ocurriendo en Vietnam.

Otro elemento característico de la guerrilla es que, mientras por un lado debe apoyarse en justificaciones de carácter político, por el otro tiende, según conceptos tradicionales, a obtener ventajas de carácter territorial.

V

Un estudio más amplio de la forma de estrategia indirecta debería examinar, sin embargo, no solamente el caso particular de la guerrilla, sino a extender nuestra atención a todas las posibilidades de acción que ofrece el empleo de la fuerza militar para el apoyo preponderante de acciones de carácter político

aunque no estén en juego factores territoriales (caso que con toda seguridad será cada vez más frecuente en el futuro), recurriendo a operaciones limitadas en el tiempo o en el sector de su aplicación.

La reciente crisis árabe israelita y la aún más reciente crisis greco-turca por la cuestión de Chipre son, como he dicho, ejemplos de aplicación indirecta de la fuerza militar (a fin de obtener ventajas de carácter político y en lo que respecta por lo menos a la primera fase de la crisis del Medio Oriente —o sea la relativa al Golfo de Akaba— y a la acción turca tendiente a obtener el retiro de las tropas griegas de Chipre). Demuestran al mismo tiempo a cual gama de factores militares se puede recurrir para reprimir una acción política.

A las acciones de carácter militar se pueden entrelazar y agregar luego en una concepción más amplia de un plano de estrategia indirecta, el suministro de armas y la presencia de fuerzas navales y aeronáuticas, presencia que puede tener la finalidad de delimitar o modificar el campo de las operaciones.

Partiendo de esta premisa, las fuerzas militares ya no serían concebidas únicamente en relación con los problemas de la defensa, sino también como instrumentos que pueden acompañar operaciones políticas ya sea para acelerarlas, o para determinar su carácter o finalmente para dramatizar su desarrollo. Las propias organizaciones internacionales (como las Naciones Unidas) deberían imaginar su empleo con una concepción semejante, en una visión a largo plazo para el desenvolvimiento de las operaciones de mantención de la paz con mayor eficacia.

Sobre todo, de una concepción similar puede derivarse una nueva dimensión de las operaciones militares nacionales, en el caso de estados no nucleares que generalmente no están en condiciones de desarrollar una misión autónoma tratándose de estrategia directa.

VI

Resumiendo estas breves notas, que más que otra cosa quieren indicar algunas líneas del eventual estudio de los problemas de la estrategia indirecta, me parece que se podría afirmar que esta estrategia con amenaza indirecta, constituye un campo que merece ser explorado particularmente por parte de los países no nucleares. Esta forma de estrategia puede permitir alcanzar objetivos limitados, con riesgos limitados, por medio de acciones bien definidas en el tiempo, en el espacio y en el grado de los medios empleados. Una estrategia similar encuentra aplicación entre todos los países no nucleares, independientemente de su orientación política o de su grado de desarrollo con cierta limitación en las confrontaciones de los países miembros de alianzas nucleares (el conflicto greco-turco ha presentado bajo este aspecto caracteres verdaderamente singulares). La posibilidad efectiva de una presión militar constituye un elemento esencial de toda estrategia indirecta. Esta presión puede ser realizada con la amenaza de una guerrilla —que es el caso hasta ahora más frecuentemente estudiado— pero también con

el empleo de medios de carácter más tradicional. Su característica debe ser el concentramiento de las fuerzas en forma insostenible e inevitable, en relación con el objetivo limitado que se quiere alcanzar.

VII

Si estos conceptos son exactos, entonces es necesario admitir que las fuerzas militares deben ser idóneas para la posibilidad de un empleo especial en la estructura de la estrategia indirecta. Los mismos estados no nucleares pueden tener un particular interés no solamente en estudiar los problemas de la guerrilla y la antiguerrilla y en preparar departamentos adiestrados en tal empleo, sino especialmente en disponer de medios que permitan una rápida y eficaz intervención en operaciones limitadas tendientes a alcanzar objetivos de carácter político, conectándose en un complejo de presiones de diversos tipos (entre las cuales, como se ha dicho, el factor militar puede servir ya sea para subrayar la importancia del momento, para acelerar una decisión o finalmente para controlar el desarrollo de una crisis).

Esto vale naturalmente, tanto en sentido activo como pasivo. No sólo debe tenerse presente la posibilidad de una acción, sino también la necesidad de tener que hacer frente a las acciones de otros.

Todos nosotros estamos convencidos de que una operación militar siempre tiene el carácter de una operación quirúrgica y que por lo tanto, así como en el cuerpo humano es siempre preferible obtener un resultado a través de curaciones médicas, también en el cuerpo social es preferible obtener resultados a través de medios políticos. Estamos convencidos así mismo de que los resultados obtenidos con el simple uso de la fuerza por ese mismo hecho son menos durables y llevarían tal vez a consecuencias incalculablemente graves.

En virtud de lo anterior, conviene examinar cual puede ser la utilidad, en un contexto político determinado, del uso de la fuerza en forma apropiada, a fin de facilitar el cumplimiento de los mismos fines políticos que nos proponemos. Se trata de un tema que indudablemente merece un artículo mucho más profundo de lo que estas páginas pueden permitir, pero que tal vez, es necesario afrontar, para los fines de una concepción moderna y más amplia de las funciones de los instrumentos militares.

